recinto; i allí, en las jirafas de madera, en los elefantes, en los poneys, van juntos el niño rico que llega con su ayo i el niño pobre, para quien ha ahorrado la madre trabajadora el precio de ese gozo rápido i harmonioso. I el niño se divierte, en un tiempo momentáneo, va en los aires, le brota en los ojos una luz. Los niños no saben el verso de Verlaine, *Tournez, tournez, petits chevaux*... Pero yo no puedo ir a ver girar las calesitas sin acordarme del divino i pobre Lelian, que fué un niño sobre la tierra en su camino de dolor. *Tournez, tournez, petits chevaux*... La caja de música derrama sus valses, sus sonatas; deslie en el aire sonoras Constantinoplas, vagas i lejanas Venecias; i al impulso acústico los caballos, los elefantes, las jirafas de madera, siguen girando, girando, girando. I los niños todos están risueños, i aguardan su turno para ir a la grata vuelta, al giro harmónico que da la ilusión de un vuelo. Todos los niños contentos, menos ese pobrecito que se come con los ojos los caballos... i su madre no tuvo que darle este domingo... *Tournez, tournez, petits chevaux*...

—Sol del Domingo, en el boulevard. El obrero va vestido de nuevo, con los hijos de la mano; el pequeño burgués se ha calzado las botas flamantes, i luce en el abdomen la gran cadena de oro macizo, es Benito...; la señora Benito junto a él, empingorotada, no puede casi con su humanidad de un enorme número de kilos; rebosa en ella la salud i la gordura, i sus manos forman a modo de cinco butifarras entre los mitones. El sombrero, imposible i detonante, solamente se siente vencido por el adorno de la falda, que hace vibrar trescientas chirimias, del amarillo escatológico al rojo sangre de toro.

Su marido la lleva a remolque, por la larga avenida, i en esos cerebros no pasa más chispa que la del color del cartel que anuncia una nueva bebida o una comedia nueva; descansan de la incubación del jamón de mañana. A su lado, les envidia la modistilla que no sabe que en sí lleva mayor riqueza que la que ha acaparado el dueño del almacén; la lleva en sus ojos de grandes ojeras, en su seno que revienta el corpiño, en su talle de ánfora, en su andar que modela bajo el paño de afuera la pompa de adentro.

RUBEN DARIO.

EL TURCO DE LA COMMUNE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 MONTERREY

ERA un tamborillerito de tiradores indígenas. Se llamaba Kadur, procedía de la tribu del Djeudel, i formaba parte de aquel puñado de turcos que se refugiaron en París con el ejército del General Vinoy. Había hecho toda la campaña, desde Wissemburgo hasta Champigny, atravesando los campos de batalla, como ave de tormenta, con sus sonajas de hierro i su *derbuka* (tambor árabe), tan vivaracho, tan inquieto, que las balas no sabían dónde alcanzarle. Mas cuando vino el invierno, aquel pequeño bronce africano, enrojecido al fuego de la metralla, no pudo soportar las noches de grandes guardias, la inmovilidad entre la nieve; i una madrugada de enero rocogiéronle a orillas del Maine, con los pies helados, yerto de frío. Permaneció mucho tiempo en la ambulancia. Allá le ví por primera vez.

Triste i sufrido como un perro enfermo, el turco miraba en torno suyo con sus dulces ojos mui abiertos. Cuando le hablaban, se sonreía i mostraba su dentadura. Esto es todo lo que podía hacer, pues nuestra lengua le era desconocida, i a duras penas hablaba el *sa-*

bir, jerga francoargelina, compuesta de provenzal, de italiano i de árabe, formada por palabras cambiantes recogidas como conchas en las costas de los mares latinos.

Kadur no tenía más que su *derbuka* para distraerse. De tarde en tarde, cuando se aburría en extremo, se lo llevaban a su cama i le permitían tocarlo, pero no mui fuerte a causa de los otros enfermos. Entonces su pobre fisonomía obscura, tan deslucida i macilenta con la claridad amarilla i el paisaje de invierno que ascendía de la calle, animábase; gesticulaba, seguía todos los movimientos de su ritmo. Ya brillaban sus blancos dientes con una sonrisa feroz, o bien humedecíanse sus ojos al tañer alguna alborada musulmana, ensanchaba las aberturas de la nariz, i entre el pesado olor de la ambulancia, en medio de redomas i compresas, le parecía ver de nuevo los bosques de Blidah llenos de naranjas, i las moritas saliendo del baño, con blancos velos por antifaz perfumadas con verbena.

Así transcurrieron dos meses. En estos dos meses, París había hecho muchas cosas: pero Kadur no lo sospechaba. Había oído pasar bajo sus ventanas el rebaño de hombres que regresaba rendido de cansancio i desarmado; más tarde, los cañones paseados, rodando desde la mañana a la noche; por último, el somatén i el bombardeo. A todo esto, no comprendió nada más sino que continuaba la guerra i que iba a poder batirse nuevamente, puesto que estaban curadas sus piernas. A la postre salió, con su tambor a la espalda, en busca de su compañía. No tuvo que buscar por mucho tiempo. Unos federados que pasaban lleváronle consigo al gobierno militar de la plaza. Después de un largo interrogatorio, como no podían sacar de él en limpio otra cosa sino algunos «*bono be ef, macache bono*,» el general de día acabó por darle diez francos i un caballo de ómnibus, i le agregó a su Estado Mayor.

En aquellas escoltas de la *Commune* había un poco de todo: chamarretas rojas, mantos polacos, casaquillas húngaras, blusas de marinero i oro, terciopelo, lentejuelas, galones. Con su chaquetilla azul bordada de amarillo, su turbante i su *derbuka*, el turco acabó de completar la mascarada. Contentísimo de verse en tan buena compañía, ebrio por el sol, el cañoneo i el tráfago callejero, con aquella batahola de armas i uniformes, i persuadido además de que continuaba la guerra contra Prusia con un no sé qué más vivo, más libre, aquel desertor inconsciente tomó parte del modo más simplón en la gran bacanal parisiense i tuvo una celebridad momentánea. Por todas partes aclamábanle los federales i le festejaban al pasar él; la *Commune* estaba tan orgullosa de poseerle, que hacía ostentación de ello, lo pregonaba, lo llevaba a guisa de una escarapela. Veinte veces al día le enviaban desde la comandancia de la plaza al Ministerio de la Guerra, al Palacio del Ayuntamiento. ¡Les habían dicho tantas veces que sus marinos eran simulados i sus artilleros fingidos!..... Por lo menos, este era un turco de verdad. Para convencerse de ello bastaba mirar aquella vivacidad pizpireta de mono joven, i todo el salvajismo de aquel cuerpecillo al agitarse sobre su caballazo con los caracoleos de la *fantasía*.

Sin embargo, para la dicha de Kadur faltaba una cosa. Hubiera querido batirse, hacer hablar a la pólvora. Por desgracia, con la *Commune*, como con el Imperio, los del Estado Mayor no solían entrar a menudo en fuego. Fuera del servicio de partes i de las paradas, el pobre turco pasaba el tiempo en la plaza de Vendôme o en los patios del Ministerio de la Guerra en medio de aquellos campamentos desordenados, llenos de barriles de aguardiente siempre en cata, de toneles de tocino con las tapas quitadas, francachelas al aire libre en las cuales conocíase aún todo el hambre del sitio. Demasiado

buen musulmán Kadur para tomar parte en aquellas orgías, apartábase de ellas, sobrio i tranquilo; hacía sus abluciones en un rincón, hacía su alcuzcuz con un puñado de sémola, luego, después de tocar un ratito el *derbuka*, se arropaba en su alquicel i se dormía sobre unas gradas de piedra, al calor de las fogatas del vivac.

Al amanecer de un día del mes de mayo, despertó al turco un horroroso fuego de fusilería. El ministerio era presa del pánico: todo el mundo echaba a correr, huyendo. Maquinalmente hizo como los demás, montó a caballo i siguió al Estado Mayor. Las calles estaban llenas de cornetas despavoridos, de batallones a la desbandada. Estaban desempedrando i haciendo barricadas. Es evidente que ocurría algo extraordinario.

Conforme se iban acercando al muelle, la fusilería era más perceptible i mayor el tumulto. En el puente de la Concordia, Kadur perdió de vista al Estado Mayor. Un poco más lejos le quitaron su caballo: era para un individuo de kepis con ocho galones, a quien apremiaba mucho ver lo que ocurría en el Palacio del Ayuntamiento. Furioso el turco, echó a correr con dirección al sitio del combate. Mientras corría iba armando su fusil «Chassepot» i diciendo entre dientes: *Macache bono, Brustán*.... pues para él eran los prusianos quienes acababan de entrar. Silbaban ya las balas en torno del obelisco, entre el follaje de las Tullerías. En la barricada de la calle de Rivoli unos «vengadores de Flourens» le llamaron:—¡Eh, turco, turco! Eran sólo una docena, pero Kadur valía por todo un ejército.

De pie en lo alto de la barricada, altivo i chillón como una bandera, batíase dando saltos i gritos, bajo una granizada de metralla. Por un instante, entre dos descargas de cañón, descorrióse un poco la cortina de humo que subía de la tierra i le permitió ver en los Campos Elíseos masas de tropas con pantalones rojos. En seguida todo

volvió a presentarse confuso. Creyó haberse engañado, i siguió haciendo disparos a más i mejor con su fusil.

De repente la barricada se quedó en silencio, el último artillero acababa de huir de ella soltando su postrer disparo. El turco, por su parte, no se meneó. Agazapado i pronto a saltar, caló bayoneta i se puso a la espera de los cascos puntiagudos.... ¡La infantería de línea fué quien llegó!.... Entre el sordo ruido del paso de carga gritaban los oficiales:

—¡Ríndete!

El turco tuvo un minuto de estupor, i luego dió un brinco, con el fusil al aire.

—*¡Bono, bono, Francese!*....

En su inteligencia de salvaje, figurábase vagamente que aquel era el ejército libertador, el del General Faidherbe o el del General Chancy, a quienes de tan largo tiempo atrás esperaban los parisienses. ¡Qué feliz era i cómo se reía a carcajadas, enseñándoles toda su blanca dentadura!.... En un abrir i cerrar los ojos tomaron la barricada. Rodeáronle a empellones.

—¡A ver tu fusil!

Su fusil estaba caliente todavía.

—¡A ver tus manos!

Sus manos estaban negras de pólvora. I el turco se las enseñó con orgullo, sin cesar en sus risotadas. Entonces le empujaron contra una pared, i ¡pum!....

Murió sin haber comprendido nada de aquello.

ALFONSO DAUDET.

LAS NIÑAS PRECOCES

LILIA

Últimamente, en una de esas hermosas tardes que la primavera tanto nos regatea, me senté en las Tullerías, a la fresca sombra de los frondosos castaños. El jardín estaba casi vacío. Algunas señoras bordaban, formando pequeños grupos, al pie de los árboles. Jugaban los niños interrumpiendo con sus risas agudas el sordo murmullo de las casas inmediatas.

Mis miradas acabaron por detenerse en una niña de seis a siete años, cuya joven madre conversaba con una amiga, algunos pasos de mí. Era una niña rubia, poco más alta que mi bota i afectaba ya el aire de una señorita. Llevaba uno de esos lindos trajes con que sólo las parisienses saben vestir a sus bebés; basquiño de seda rosa, abofada, que dejaba ver las piernas cubiertas con medias de gris perla, un jubón escotado, adornado con encajes, gorro con pluma blanca, pendientes, collar i brazalete de coral. Se parecía a su mamá, con algo más de coquetería.

Se había apoderado de la sombrilla de aquélla i se paseaba gravemente con la sombrilla abierta, aunque no se deslizaba por entre las hojas de los árboles el menor rayo de sol. Estudiaba la manera de andar ligeramente, deslizándose casi, como había visto que lo hacían las personas mayores. No creía que la observaban. Repetía su papel como una cómica, ensayaba actitudes, muecas graciosas. Al dar frente al tronco de un viejo castaño hizo seriamente media docena de reverencias.

Era toda una mujer en pequeño.

Quedé realmente consternado ante su aplomo i su ciencia. No tenía aún siete años i sabía ya su oficio de coqueta. Sólo en París se encuentran niñas tan precoces que brillan perfectamente antes de conocer las letras.

Me acordé de los niños de provincias. Son toscos i torpes; se revuelcan como animales en el suelo. No estropearía así Lilia su bonito traje.

Prefiere no jugar; derecha como huso dentro de sus enaguas almidonadas, pone su alegría en que la miren, en oir que dicen:

«¡Ah, qué niña tan encantadora!»

Lilia seguía saludando al tronco del viejo castaño. De pronto la vi enderezarse bruscamente i ponerse en guardia, con la sombrilla inclinada, la sonrisa en los labios i el aire placentero. Comprendí en seguida. Otra niña, morena, vestida de verde, venía por la alameda del centro. Era una amiga; había que recibirla con todas las reglas del buen tono.

Las dos muñecas se tocaron ligeramente las manos, haciendo los visajes de costumbre entre mujeres de la misma clase. Fingían esa sonrisa de satisfacción que es de buen gusto en semejantes circunstancias; cuando hubieron acabado sus cumplimientos, se pusieron a pasear la una al lado de la otra, conversando con voz meliflua. En todo pensó, menos en jugar.

—Lleva usted una túnica mui bonita.

—Esos adornos son géneros valencianos, ¿no es cierto?

—Mamá ha estado indispuesta hoi por la mañana. Temí no poder venir, como le prometí a usted.

—¿Ha visto usted a la coquetuela de Teresa? Tiene un *trousseau* magnífico.

—¿Es de usted esa sombrilla? Es preciosa.

Lilia se sonrió. Jugueteaba con la sombrilla de su madre, comprendiendo la superioridad que esto le daba sobre su amiga, que no tenía sombrilla.

Aquella pregunta la puso en duro aprieto. Comprendió que estaba vencida si decía la verdad.

—Sí, respondió con gracia, papá me la ha regalado.

Era el colmo. Sabía mentir, como sabía ser agradable.

Podía crecer; poseía a fondo la ciencia de la mujer bonita.

Con tal educación, ¿cómo es posible que los novios no disparen?

En este instante pasó un muchachillo de ocho años, tirando de un carretoncillo cargado de guijarros, i lanzaba ¡hues! terribles. Se imaginaba que era un carretero. Jugaba con sus cinco sentidos.

Al pasar, poco faltó para que atropellase a Lilia.

—¡Qué brutales son los hombres! dijo ésta con desdén. Vea que despechugado va ese niño.

Las dos se sonrieron despreciativamente. El niño, en efecto, debía parecerles mui inocente al hacer así de caballo. Si dentro de quince o veinte años alguna se casa con él, lo tratará siempre con la superioridad de una mujer que a los siete años sabía manejar la sombrilla, cuando él sólo pensaba en romper sus pantalones.

EMILIO ZOLA.

LA HOJA DE PARRA

Las dos de la tarde acababan de dar en el gabinete, amueblado con el lujo aparatoso e insolente propio de una cortesana vulgar enriquecida de pronto, cuando Magdalena, envuelta en ligeras ropas de levantar, i aún tembloroso el cuerpo por el frescor del baño, atizó los leños

de la chimenea, i aproximando al fuego el mueblecillo que le servía de tocador, extendió sobre él un lienzo guarnecido de puntillas, encima del cual fué colocando cepillos, peines, tarretes, frascos, polvoreras i cuanto había menester para peinarse; en seguida inclinó el espejo hacia sí, se sentó, i sin llamar a la doncella comenzó a soltarse el largo i abundoso pelo, antes castaño mui obscuro i ahora teñido de rojo caoba, como el de las venecianas a quienes retrató el Tiziano. Jamás permitía Magdalena que nadie le ayudase en aquella importante operación del peinado: primero por horror instintivo a que otra mujer la manosease la cabeza, i además, porque deseaba estar sola cuando su amante, según costumbre, iba siempre a la misma hora para deleitarse en contemplarla, bien arrellanado en un sillón, en tanto que sus manos primorosas se hundían i surgían de entre las matas de la cabellera, formando altos i bajos, bucles, ondas i rizos hasta dejar prieto i sujeto el moño con orquillas doradas, mientras los pelillos revoltosos de la nuca, que llaman tolanos, quedaban sueltos en torno de su cuello como rayos de un nimbo roto.

Por coquetería i por dar tiempo a que su dueño i señor llegara, iba lo más despacio posible, levantándose a veces para distraerse en otras cosas, pues lo esencial era que al aparecer su amante, aún tuviese suelta la sedosa madeja que le inspiraba tantas frases lisonjeras, dándole a ella pretexto para estar con el escote entreabierto i los brazos desnudos puestos en alto, haciendo mil embelesadoras monadas.

Un buen rato pasó escogiendo i apartando medias i puntillas que le habían mandado de una tienda; púsose luego unos zapatos nuevos para convencerse de que le harían bonito pie, antes de pagarlos, i, por último, se probó un cubre-corsé i una bata, permaneciendo en adoración de sí misma ante el armario de luna, complaciéndo-

se, más que en los primores de las galas, en su gallarda figura de madrileña esbelta i en su gentil cabeza de mujer dominadora i altiva.

Era rubia, mui blanca, verdaderamente hermosa i bien formada, aunque algo gruesa, como si en plena juventud pretendiera la carne ahogar a la belleza. Tenía las facciones delicadas, los ojos obscuros, de mirar expresivo, i los gestos i ademanes tan enérgicos i desenvueltos, que a un tiempo delataban la vivacidad de su carácter i el empeño de mostrar una gracia más provocativa i libre de los que su propia índole consentía. Aún no denotaban su lenguaje i modales completa perversión; mas ya sabía desplegar, a modo de recursos seguros, el licencioso desparpajo i la franca deshonestidad de quien para vivir se pone precio, esperando acrecentar con el estímulo el deseo i con el impudor la ganancia. Comprendía el poder de sus atractivos i lo extremaba, siendo tan complaciente i mimosa al concederse, como dura i despótica para dominar a su amante, que la quería poco i la estimaba menos, pero hallaba en ella dulcísimo empleo a sus sentidos, porque era hermosa, i completa satisfacción a su vanidad porque le costaba mucho.

Ya comenzaba a impacientarse por la tardanza de su señor, que acaso no pasase de arrendatario, cuando al oír sonar prolongadamente un timbre se acomodó de nuevo ante el tocador. Pocos segundos después una doncella levantaba la cortina de la puerta, dejando paso i diciendo:

—El señorito.

A pesar del diminutivo, el hombre que entró, sin quitarse el sombrero, era un señor de 50 años lo menos; alto, bien plantado, mostrando en la mirada i el porte que, a despecho de la barba entrecana i el pelo casi blanco, aún debía de apreciar en toda su intensidad los encantos de aquella buena moza. Vestía con exquisita elegancia,

i por su edad i aspecto aparentaba ser individuo de algún alto cuerpo del Estado, banquero poderoso o senador por derecho propio. ¿Quién era, en realidad? Uno de esos para quienes el deber es lo que ha de cumplir el prójimo; un favorito de la fortuna, ávido de goces, huérfano de escrúpulos, pero intolerante, asustadizo; cualquiera, nadie i la personificación de muchos.

Acercóse a Magdalena, dióle un beso en el cuello, sin que ella mostrase resistencia ni agrado, i quitándose guantes, gabán i sombrero, se sentó en una butaca colocada frente al tocador, de modo que pudiese ver á su amante por la espalda i al mismo tiempo contemplar su rostro, reflejado en el espejo.

—Besitos,—dijo ella frunciendo el entrecejo,—besitos.. i poca vergüenza. Vamos a ver, ¿por qué no ha venido *usted* ayer en todo el día? Mira, que si yo quisiera.... apenas tenía horas libres....

—Hija, no he podido.

—No, ¿eh? ¡Un día entero! ¿Qué has tenido que hacer?

—Muchas cosas.

—Pues todo me lo has de contar para que te perdone.... hora por hora.... minuto por minuto.

I alardeando de apasionada i ofendida, se levantó con el pelo suelto, yendo a ponerse de media anqueta en un brazo de la butaca donde él estaba, diciendo:

—Anda, pichón, díme todo lo que has hecho, i si mientes.... ¡te ahogo!

—Pues, mira: ayer me levanté a las doce, almorcé, i a las dos ya me tenías en el Consejo Magno de ferrocarriles Hispánicos.

—¿I qué pito tocas tú allí?

—Teníamos junta los consejeros, porque los guardaagujas piden aumento de sueldo i se han declarado en huelga. Dicen que ganan, no sé cuánto, ocho o diez reales, i trabajan dieciseis o veinte horas.... i no duermen.

Acordamos negar, pero hubo discusión; hasta las tres i media estuvimos allí.

—¿I luego?

—Fuí a Hacienda a ver al ministro.

—¿Para qué?

—Ya sabes que tengo unas dehesas en la Mancha. Pues entre investigadores i denuncias.... Nada, que me quieren cobrar doble contribución de la que pago..... ¡i no me da la gana!

—Pero ¿con razón?

—Nunca hai razón para cobrar tanto. Claro que.... en realidad, debía pagar más.... pero, ¿quién paga lo justo? Nadie.

—¿I qué te dijo el ministro?

—Medias palabras. No podía ser explícito; pero comprendí que todo se arreglaría. ¿No ves que en su distrito, si yo quiero, no saca el gobierno ni un voto?

—En fin, que te saldrás con la tuya.

—Caba! Pagaré lo que hasta aquí.

—I luego ¿dónde fuiste?

—De allí salí a las cuatro i media. Me encontré en la calle a Pignorate, i estuvimos un rato mui largo hablando de negocios.

—¿Qué negocios?

—Una empresa que tenemos. La cosa parece que se tuerce. Pignorate es el que da la cara: el dinero es de varios, yo entro en ellos. Dicen malas lenguas que si es limpio o no es limpio. Todo consiste en adelantar dinero a señoritos.... i claro que han de pagar algo. Que algunos son menores.... pues que sean. Lo mismo necesitan dinero los jóvenes que los viejos. Pignorate dijo que iba a meter a un muchacho en la cárcel, pero ya verás como no lo consienten sus padres.

—Vamos, que teneis una sociedad para prestar a menores, i luego.... lo arreglan sus familias.

—Así, tan en crudo.... no; pero el que quiera dinero para vicios, que lo pague.

—¿I después?

—Me metí en el Congreso. Tenía que votar con el Gobierno, por pura disciplina, una gran picardía; sin embargo, como lo primero es el partido, voté. Luego tuve que ir al Círculo para buscar a uno.

—¿Jugaste?

—Poco; hasta las siete.

—¿I qué tal?

—Medianamente; gané mil pesetas.

—Pues me vienen a pelo.

El caballero sonrió bondadosamente, i sacando del tarjetero diez billetes de a veinte duros, los colocó sobre la falda de Magdalena, diciendo:

—Para alfileres; i ya puedes agradecerlo.... Mis chicas tenían no sé qué capricho.... Cosas de muchachas. Otra vez será.

Ella, dando por terminado aquel incidente, tiró sobre el tocador los billetes i continuó:

—¿Qué hiciste luego? Por qué no viniste de noche? Te estuve esperando.... se perdió el palco, ¡i me acosté de un humor!

—Fuí a casa a comer, con propósito de venir temprano. ¡Que si quieres! Hizo la maldita casualidad que, contra lo acostumbrado, no tuviésemos más convidado que mi suegra.

—¡Lagarto, lagarto!

—Sí; estuvimos en familia. Luego se marchó la buena señora, mis hijas se fueron a vestir para ir al teatro, i me quedé solo con mi mujer.

—¿Tu mujer? ¿Y qué pasó?

—Lo de siempre, cuando nos quedamos a solas. La gran jaqueca. Es buena, cariñosa, dulce, la estimo i la respeto i la considero.... pero no nos entendemos.

—¡Ya conseguirá que me dejes!

—¡Eso no! Tuvimos una escena mui desagradable i estuve mui enérgico.

—No te atreverías.

—¿Qué no? Pues mira, le dije: «no me apures la paciencia, porque nos separamos. Tú eres libre.... hasta cierto punto: yo soi dueño de mis acciones; i en paz, o damos el gran escándalo.»

—Te hablaría de mí.

—Por indirectas. Me dijo que gastaba demasiado, que en casa se debía la mar, que ella estaba humillada, despreciada, que las chicas se iban a quedar sin tener que comer.... i ¡lo que más me enfurece! se echó a llorar.

—Para que te ablandases.

—Pues no me ablandé. Lo que siento que las chicas...

—¿Qué pasó?

—Del comedor habíamos pasado al despacho. Las niñas vinieron vestidas, oyeron voces, se detuvieron junto a la puerta, i se enteraron de todo.

—Como son mayorcitas, se harán cargo.

—Se abrazaron a su madre.... llorando. ¡Figúrate!

—¡Tonto! Haberte venido.

—Ya se me occurrió; pero se me había levantado tal dolor de cabeza que tuve que acostarme i tomar antipirina.

—¡Potingues! ¡I yo aquí sola!

Quiso él entonces abrazarla, por quitarle el enojo; mas ella, levantándose de su lado, le dijo mui seria:

—Todo eso está mui bien, i el cuadro de familia interesantísimo. Para evitar que se repita esta tarde, me llevas a comer a cualquier parte.

—Convenido. I no mando recado a casa: ya se irán acostumbrando.

Magdalena sonrió gozosa, i volviendo a su interrogatorio i reprimenda, para disimular su alegría, preguntó con gesto desabrido:

—I hoi ¿por qué no has venido más temprano?

—He tenido que hacer una visita.

—¿A quién?

—A un amigo con quien estoi organizando una sociedad mui útil i provechosa. Ahora no existe ninguna semejante, ni parecida; queremos que sea medio sociedad, medio cofradía, con honores de tribunal. Si nos dejan, el Santo Oficio con levita. Hace mucha falta, porque hoi no se respeta nada, ni se cree en nada; el sentido moral anda por los suelos, el mundo está perdido.... Pero tú no puedes entenderme.

Magdalena, sonriendo entre provocativa i burlona, al mismo tiempo que se prendía las últimas horquillas en el moño, volvió la cara hacia su amante, hizo con los ojos un guiño mui expresivo i dijo:

—Hazte socio, monín. Oye, ¿i cómo se llamará esa hermandad?

—*La hoja de parra.*

—¿I para qué es?

El caballero se puso mui serio, i con voz grave i sonora, repuso:

—*La hoja de parra* será una Asociación para atajar los progresos de la inmoralidad i de la falta de fe.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

HISTORIAS VIVAS

"NUBIO"

A ver, tío Nacho, cuéntenos usted esa célebre historia del perro—que entre paréntesis, no es nada bonita, ni mucho menos interesante—dije al anciano sastre, quien contestó: